

PALABRAS DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA
INVESTIDURA DE UMBERTO ECO COMO DOCTOR HONORIS CAUSA
PARANINFO, 17 FEBRERO 2010

Si este Paraninfo tuviera campanas, hace unos meses hubiesen doblado apenas por la marcha al universo infinito de Francisco Ayala. Aunque en estos momentos el campanile o campanario repicaría de gozo por la incorporación de Umberto Eco a nuestro claustro de doctores.

Por suerte, en el mundo de la sabiduría, al que pertenecen Francisco Ayala y Umberto Eco, no existen los relevos ni las sustituciones, sino la acumulación de conocimientos. Si al escritor granadino —doctor *honoris causa* de la Universidad de Sevilla también a propuesta de la Facultad de Comunicación— le cabía todo un siglo en su cabeza; a Umberto Eco le caracteriza su talento enciclopédico. Ambos, en cierta forma, nos pertenecen para siempre.

Al igual que el profesor Vázquez Medel al final de su emotiva y excelente laudatio, expreso mi agradecimiento a la Facultad de Comunicación por la propuesta y a Umberto Eco por aceptarla. No tenemos campanas, pero sí una mensajera alada —la Fama que corona este edificio— que anuncia a toda la comunidad la satisfacción que nos produce el ingreso del querido profesor Umberto Eco en el colegio de doctores de la Universidad de Sevilla.

Nos congratula verle, querido Umberto, completamente recuperado de los problemas que le impidieron estar con nosotros el pasado mes de noviembre. Podríamos decir, con palabras entresacadas de *El Principito*, que al ser doble la espera de vuestra llegada, también ha sido doble la alegría de nuestros corazones.

Es cierto que no hemos sido los primeros en reconocer los méritos de nuestro nuevo doctor. Pero en esta ciudad, amable que no lógica, enamorable que no perfecta, es prácticamente imposible ser originales. El cardenal Amigo Vallejo, que hace poco se ha jubilado como Arzobispo de Sevilla, suele recordar lo difícil que resulta ser el primero en Sevilla en cualquier parcela de la vida.

Además, en Sevilla el tiempo es un concepto aún más relativo que en el resto del universo, como posiblemente lo sea en el Reino de Redonda, de cuya grandeza nuestro nuevo doctor forma parte. Ser Duque de la Isla del Día de Antes facilita entender que en esta ciudad se paren las manecillas del reloj, a veces en el esplendor poético de la Real Maestranza y, en ocasiones, en la triste mezquindad de la falta de horizontes. Pero sí, admirado Umberto, esta es la ciudad donde el niño de Cernuda, mientras contempla la luna llena de Semana Santa, descubre el tiempo sin tiempo.

Hace tiempo que descubrimos al novelista, al filósofo, al semiólogo y al profesor Umberto Eco. Pero hoy, de forma más intensa y cercana, hemos gozado con el sabio renacentista.

Durante los siglos XV y XVI, sabia era la persona que tenía el afán por recuperar todo el conocimiento del mundo clásico y medieval, y que aspiraba a entenderlo todo, además de integrar entre sus conocimientos la ejercitación de alguna disciplina deportiva.

Aunque, tal vez, si el profesor Eco hubiese nacido en pleno Renacimiento se hubiera guardado de los deportes de sable y espada. Su esgrima descansa en la palabra y en su genialidad para jugar con ellas. Pero su conocimiento del mundo, pasado y presente, así como su capacidad para analizarlo es auténticamente universal. Y cuando no lo analiza, lo transforma o recrea en sus libros.

Reconozco que siento admiración por su vigor intelectual y por su fina ironía. Comparto con Umberto Eco, como el profesor Vázquez Medel, la pasión por la literatura, por la comunicación y por la Universidad. Pero, también, el amor por la filosofía, por “esa respuesta a un acto de asombro”, de la que hablaba Aristóteles y que asume como objeto filosófico nuestro nuevo doctor.

La filosofía nos mantiene en la duda y nos aleja de las respuestas absolutas. Nos enseña que la verdadera sabiduría, como explica Umberto Eco, “no es destruir ídolos, sino no crearlos nunca”.

En la introducción de su obra *Kant y el Ornitorrinco* adopta como emblema esta cita que revalida su habitual desconfianza escéptica: “Hace tiempo estaba indeciso, pero ahora ya no estoy tan seguro”.

Recuerdo que a finales del pasado siglo, 31 grandes pensadores —reputados científicos, filósofos, lingüistas y economistas de todo el mundo— fueron invitados a que pronosticaran cómo sería el siglo XXI. En concreto a todos se les preguntó qué gran avance científico deseaban que se produjera antes de 2100 y cuál podría ser su impacto en la sociedad.

Las respuestas se publicaron en un interesante libro titulado *Predicciones*. Resulta curioso releer una década después algunos textos, como el del economista John Kenneth Galbraith, que llevaba por título “Castigar a los banqueros, no a los trabajadores”.

Presten atención a lo que entonces escribió este profesor de Harvard y gran amigo del asesinado Presidente Kennedy: “Nuestros remedios presentes rescatan a los banqueros e industriales, que fueron los más propensos a la insania que causó todo, y prescriben restricciones a la ayuda de quienes más padecen el desastre”.

Pues bien, en dicho libro la colaboración de Umberto Eco se titula “Nunca te enamores de tu propio Zepelín”. Nuestro doctor utiliza la metáfora del incendio en 1937 del dirigible Hindenburg, en el que murieron 35 personas, para indicarnos que no debemos tomarnos nuestras creaciones demasiado en serio. Aunque el Zepelín volaba por ser menos pesado que el aire y, por lo tanto se atenía a una lógica racionalista, fue el aeroplano —pese a su mayor peso— quien conquistó el transporte aéreo.

Sin embargo, Umberto Eco nos invita de forma permanente a enamorarnos de los libros. Para él constituyen la parte más inmortal de la humanidad, como nos señala en su última obra *No esperéis libraros de los libros*. Es un autor tan apasionado por los signos y por las palabras —o por el sentido último de las palabras— que Gimbatista Bodoni, el personaje de *La misteriosa llama de la reina Lona* que sólo recuerda lo aprendido en los libros, toma prestado su nombre de uno de los grandes tipógrafos italianos. La Bodoni es una letra que algunos editores, como el italiano Franco María Ricci, han convertido en arte impreso.

Si Umberto Eco ama el continente y los contenidos, posiblemente siente idéntica pasión por el contenedor. Al menos esto se deduce de su discurso durante la inauguración de la Biblioteca de Alejandría. “Las bibliotecas —dijo— fueron y siguen siendo una especie de cerebro universal donde podemos recuperar lo que hemos olvidado y lo que todavía no conocemos. Si me permiten la metáfora —sigue la cita— una biblioteca es la mejor imitación posible de una mente divina, en la que todo el universo se ve y se comprende al mismo tiempo”.

Reconozco que he soñado que en nuestra ciudad, en esta Sevilla de luces y apagones, donde se paralizan bibliotecas porque algunos no la valoran como bien público, aterrizaran Guillermo de Baskerville y Adso de Melk para desentrañar la resistencia al futuro de una parte de su sociedad. En la Universidad de Sevilla seguimos amando los libros y creyendo en las bibliotecas.

Decía Borges, al que admira profundamente Umberto Eco, que el hecho central de su vida habían sido las palabras y modularlas en poesía. También en Juan Ramón existía una profunda preocupación por las palabras y por encontrar el nombre exacto de las cosas. En su interpretación poética del mundo, el escritor de Moguer necesitaba incluso hallar el término preciso a lo “increado”.

Umberto Eco plantea este problema de forma filosófica, cuando en una divertida ucronía enfrenta a Kant con la disyuntiva de encajar en su esquematismo trascendental al ornitorrinco, un animal —como nos ha recordado hace unos minutos en su magistral intervención— que es el resultado de un extraño ensamblaje de pato, castor y nutria, del que surge un mamífero que pone huevos.

Los estudiosos de la Comunicación tienen la misma dificultad cuando se enfrentan a los nuevos medios digitales que la que tuvo Kant para clasificar al ornitorrinco o Marco Polo para definir al primer rinoceronte que vio en Java. El bestiario mediático crece imparable con nuevas criaturas híbridas, fruto de mágicos ensamblajes. Si un caballo con alas es un pegaso y una mujer con cola de pez es una sirena, porqué un periódico sin tinta ni papel ni esencia corpórea y con imágenes en movimiento, que se actualiza permanentemente, sigue siendo un periódico.

Sin embargo, ni los profesores de la Facultad de Comunicación ni el resto de los doctores de la Universidad de Sevilla tenemos ninguna dificultad para calificar de auténtico sabio a nuestro nuevo compañero de claustro. Un divertido sabio, que además está jugando en su Italia natal un papel decisivo para defender el derecho ciudadano a la libre información, frente a los brotes totalitarios que empiezan a surgir desde el poder político y los conglomerados económicos.

A veces, como escribió Pedro Antonio Urbina, la mejor rebelión posible es una sonrisa. Y Umberto Eco es un maestro de la ironía, de la chanza y de la burla ingeniosa. Además, conoce como pocos el poder real y ficticio de los medios informativos.

También una sonrisa es el mejor acto de amor. De Amor a los libros, a la filosofía y a las personas que, como Umberto Eco, nos engrandecen como Universidad y como sociedad.

Gracias, profesor por aceptar ser uno de los nuestros. Gracias por su excelente y bellísima lección. Y, aunque sea por esta vez —apelando a la magia de Sevilla, la ciudad del tiempo sin tiempo— confiad plenamente en quienes os honramos como fuente de ciencia y verdad.

Para la Universidad de Sevilla es un auténtico honor y motivo de felicidad que seáis uno de los nuestros.